

nes y nos da luz eléctrica, calor para las cocinas y fuerza para los tranvías y pequeños talleres. Hay que tener en cuenta siempre que la hulla blanca es una de las riquezas nacionales que debemos conservar como un tesoro inagotable, vedado para muchos pueblos de cultura superior.

Debido a la influencia de jardineros y botánicos, se conoce con el nombre vulgar de tricopilea la *Trichopilea suaveis*, de ancho bulbo, hoja grande, inflorescencia colgante o lateral, con tres y cuatro flores en cada ramo, sépalos y pétalos de un blanco ligeramente encarnado, con el limbo grande, de bordes crespos, color de rosa, ondulados, y el labelo salpicado de castaño rojizo; es sumamente fragante y florece en la vertiente del Atlántico hacia el final de la estación seca, como si las reservas acumuladas en la estación lluviosa fueran especialmente hechas para los rigores del estío.

Pocas plantas responden como las orquídeas al tratamiento cuidadoso: con aire, agua y luz tienen bastante para vivir y florecer, siempre que se tenga un conocimiento exacto del sitio donde cada especie prospera en su estado nativo.

Atadas con alambre a un tronco de poró, de metro y medio de altura, se tiene la ventaja de que ambas plantas crecen al aire libre, sin mayores atenciones, dándonos sus ramos de flores año tras año.

Cuando se quieren tener en los corredores de las casas, deben instalarse en canastas de madera, colocando adentro carbón vegetal, palos medio podridos, aserrín y musgo, para que las raíces tengan donde agarrarse fácilmente, sobre una esponja artificial saturada de humedad. Este sistema requiere un riego frecuente, porque las plantas quedan privadas de la lluvia y su estado de suspensión seca las canastas en corto tiempo.

En los invernaderos se acostumbra colocar las orquídeas en lebrillos de arcilla cocida, porosos, con varios agujeros en el fondo y un drenaje perfecto de trozos de madera y musgo, para que retengan la humedad en las raíces y no se formen depósitos de agua perjudiciales a las plantas.

Trozos de madera o helechos arborescentes

sirven muy bien de soportes, con la ventaja de que pueden dejarse a la intemperie durante la estación lluviosa y meterlos en las habitaciones cuando están florecidas las plantas, llenando así de manera eficaz su objeto decorativo.

Pocas son las plantas de este orden que permiten colocarse en macetas con tierra, como se acostumbra ha-

deros encantos de la flora nacional.

La conservación de estas plantas se verifica por el nacimiento de un rizoma nuevo al pie de cada pseudobulbo después de la florescencia; más tarde, las flores se transforman en cápsulas oblongas, estriadas longitudinalmente, las cuales se abren en cuanto están secas, dejando escapar centenares de semillas pequeñas que el viento se



*Trichopilea suaveis*

cerlo con las begonias. Algunas soportan los rayos del sol, como la guaria morada, y otras prefieren la sombra, como la tricopilea; por lo cual deben conocerse bien las condiciones del ambiente propicio a cada especie, si se quiere tener éxito en el cultivo de estas joyas preciosas del mundo vegetal.

Todo el afán que se ponga en el cultivo de estas plantas estará bien recompensado, cuando se contemplan las raicesitas verdes salir a tientas buscando su apoyo sobre el musgo, abrazar con amor las reglas de la canastilla, echar por las rendijas nuevos brotes, hojas y flores perfumadas, que llenan el alma de satisfacción, para quien ha plantado las matas con la propia mano. La idea del cautivo desaparece, sustituida por la del huérfano a quien se tiende la mano con cariño y protección.

Colocada Costa Rica en la garganta del Continente Americano su flora es numerosa y variada, de acuerdo con la diversidad de alturas sobre el nivel del mar, sus costas en ambos océanos y dos vertientes opuestas en lo que se refiere a la humedad del aire; así tenemos en el país más de la quinta parte de las orquídeas del mundo, o sea al rededor de mil especies; la gran mayoría de apariencia modesta, pero otras son de tamaño notable, matices delicados, fragantes y bellas, verda-

deros encantos de la flora nacional.

Imaginaos un bulbito de medio centímetro, con dos hojitas casi el doble en tamaño, saliendo de su base y una tercera terminal, y tendréis una orquídea completa agarrándose con tenacidad a la rama del árbol protector; luego un ramo de tres flores graciosas, que exigen el auxilio de una lente para contemplar sus preciosos detalles, y al cabo de algunas semanas tres cápsulas de semillas, todo lo cual entrará, sin deformarse, en una caja de fósforos. Esos son los deleites gratuitos que proporciona la Naturaleza y que hacen amables todos los instantes de la vida.

El estudio científico de las plantas se hace por los botánicos sobre ejemplares secos, que han perdido su coloración natural y los atractivos de la vida, fuera del ambiente de su bosque nativo o bajo el techo de los invernaderos, donde la luz, el calor y la humedad del aire son artificiales. ¡Cuán diferentes aparecen las orquídeas en la montaña virgen, con sus hojas verdes y ramos de colores variados, cuyos matices cambian a los rayos del sol!

Bajo cultivo, al aire libre, son estas plantas objeto de gusto delicado y material de estudio inapreciable para la ciencia y el arte.

ANASTASIO ALFARO